

LA ECONOMIA COMO CIENCIA Y COMO ARTE

Después de las Armas, las Letras. Nuestras bibliotecas comienzan a ponerse al día. Llegan, en voluminosas remesas, libros y revistas publicados en el extranjero a partir del año 36, y hay que acusar recibo de esos paquetes de ideas nuevas.

En el *Weltwirtschaftliches Archiv* (mayo 1939) aparece una breve nota del profesor Georgi K. Swrakoff señalando la aparición del libro de Walter Eucken *Nationalökonomie — wozu?* (Leipzig, 1939). En la nota se dice: “La Economía se encuentra, desde hace mucho tiempo, en una peligrosa crisis...” “Se oye por todas partes: la Economía está en bancarrota”. Luego, se cambia la metáfora: la ciencia está enferma. Pero queda aún lo peor, porque como esto no es ya un secreto profesional, si el economista cree poco en su ciencia, los demás no creen nada.

Hasta ahora, sin embargo, las ideas dominantes en la literatura económica se hallaban en la situación, muy singular ciertamente, de ser mucho más discutidos los principios que las consecuencias. Podríamos citar muchos textos donde, al mismo tiempo que se afirma la verdad indiscutible de la doctrina, se oponen graves reparos a las cuestiones fundamentales, lo cual equivale a decirnos que todo es sólido y firme en el edificio, a excepción de los cimientos.

Eso, antes; porque ahora el problema se ha complicado mucho más. La obra de Eucken citada es una breve anticipación de otra posterior que ha llegado a nuestras manos (Walter Eucken: *Die Grundlagen der Nationalökonomie*. Jena, 1940). Aquí ya no se trata sólo de los cimientos. Se nos asegura que el edificio se ha agrietado y resulta ya inservible. Bien. Habrá que repararlo y soportar la obra, pues yo, como economista, me resisto a abandonar mi casa.

I

La Economía comparte con la Metafísica el raro destino de ser un conjunto de problemas que, desprendidos de su pro-

pio asiento, vagan, como el buque fantasma, sin poder anclarse. Sombart (*Die drei Nationalökonomien*, 1930, pág. 1) dice: "... Y es una particularidad que no comparte con ninguna otra ciencia y que sólo tiene de común con ella la Filosofía el que no sabe donde se halla su asiento sobre el *Globus intellectualis*". En el prefacio a la segunda edición a la Crítica de la Razon pura afirma Kant: "La Metafísica, conocimiento especulativo..., no ha tenido la fortuna de emprender la marcha segura de una ciencia...", "... la ruta a seguir no conduce a donde se quiere", "... su método ha sido hasta aquí un mero tanteo". Explica luego cómo su problema crítico no está en el contenido o problemas particulares, sino en los principios de que se parte, y termina diciendo que esto es "un raro destino de que no comparte ninguna otra ciencia".

Pero, por un extraño azar histórico, cuando Kant meditaba en Königsberg su investigación sobre la naturaleza y principios de la verdad metafísica, otro filósofo plancaba cerca de Edimburgo una "Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones", donde se iniciaba una ciencia que iba a compartir aquel destino, hasta entonces singular, de la Metafísica.

Esas dos ciencias, sin embargo, son, en cierto sentido, antiparalelas. Nunca podremos saber si la Metafísica ha entrado en la vía segura de una ciencia, porque los objetos a cuyo conocimiento aspira son suprasensibles, están fuera de toda experiencia posible, por lo que sus verdades no podrán jamás ser comprobadas; la Economía, en cambio, se refiere a objetos tan adentrados en la realidad, que forman la parte acaso más importante y vital de nuestra experiencia diaria; la Metafísica trata de lo más ideal y sublimado de nuestro ser; la Economía, de lo más material y cotidiano; si la verdad o el error en aquélla no pueden ser comprobados jamás por experiencia alguna, la verdad o el error en ésta no sólo son siempre comprobados, sino también vividos como éxitos o como fracasos.

La Economía comenzó siendo un repertorio de conocimientos prácticos. Precisamente el contenido de aquello que llamamos lo práctico de la vida es en su mayor parte económico. Podemos decir, sin ser excesivamente exagerados, que si la obra

de Kant fué la "Crítica de la Razón pura", la obra de Smith, "La Riqueza de las Naciones", fué, para el desarrollo posterior del Occidente, la verdadera crítica de la razón práctica.

Un conjunto de reglas prácticas previas fué el punto de partida de aquellos conocimientos científicos que hoy tenemos por más seguros y mejor fundados. En la introducción a la famosa obra de Schomoller hay una historia de esas reglas que llenaron el estadio precientífico de la Economía. Esta podrá o no haber llegado ya a su culminación científica; pero la posibilidad de conseguirlo, al menos, no puede ser negada, pues el más puro linaje de una ciencia está en ser descendiente de un arte.

II

Cierto. La Economía está en crisis. Tiene planteado un problema auténticamente fundamental: el de encontrar sus fundamentos.

En su ensayo sobre el "homo oeconomicus" (*Formas de Vida*. Traducción. Madrid, 1935) dice Spranger: "El hombre vive enlazado a la conexión natural. El mantenimiento de su vida depende de materias y energías de la Naturaleza aptas para satisfacer sus necesidades". Spranger no nos dice más sobre ese tema tan sugestivo, pues su ensayo deriva luego hacia una Psicología racional que es su problema. Sin embargo, a nosotros nos ha preocupado hondamente lo que pueda haber detrás de esa "conexión natural" del "homo oeconomicus" y hemos meditado repetidas veces sobre ello. Aun dándonos cuenta de lo espinoso y difícil de este tema, nos aventuramos a indicar algunas de las ideas en las que quizás se expresen más bien preocupaciones que meditaciones.

Toda la realidad económica tiene una razón profunda que la condiciona, y es el hecho de que el hombre no encuentra libremente la mayor parte de las cosas que precisa. "In sudore vultus tui vesceris pane..."

Fijemos nuestra atención en estas tres cosas indispensables: aire, agua, alimento. El aire es libre, se encuentra en todas partes; el agua hay ya que ir a buscarla a la fuente; el ali-

mento sólo se consigue con un esfuerzo mayor. Pero observemos que mientras la dificultad de apropiación de esas cosas aumenta, la necesidad que remedian disminuye. La falta de aire, el ahogo, es mucho más angustioso que la sed, y la sed más angustiosa que el hambre. Como en el fondo el valor económico de las cosas depende de la dificultad de conseguirlas, se desprende de lo que acabamos de observar que la escala de los valores económicos aparece invertida con respecto a la de los valores vitales. ¿Será esto un puro azar o tendrá el hecho alguna raíz profunda? Creemos que la tiene, y además que por ella, precisamente, se engranan los hechos económicos en cierto ordenamiento cósmico del mundo.

El organismo animal, como mecanismo vivo, es un motor de combustión; necesita aire continuamente y ha de tenerlo en todo momento a su disposición; de lo contrario, perecería. ¿Puede concebirse un mundo donde, como se trabaja para comer, se trabajase para respirar; donde, como se gana el pan, se ganase el aliento? El aire tuvo que ser un bien libre, mientras el alimento no es de necesidad que lo sea. Y aquí aparece la gran bifurcación cósmica de los seres vivos en vegetales y animales, la cual, aunque parezca mentira, tiene algo de orden económico. El combustible que se ofreció en mayor abundancia fué el carbono; en la base de nuestra alimentación están los hidratos de carbono; pero unos, los vegetales, dispusieron de una substancia, la clorofila, que les permitió sacar el carbono del aire mismo, y este alimento fué también para ellos un bien libre, estaba en todas partes, y pudieron vivir sin moverse, clavados y fijos en un paraje. Los animales tuvieron en esto otro destino. No pudieron sacar del aire su alimento, y éste, por lo tanto, no fué un bien libre; pero como la necesidad que satisface no es inaplazable, como la respiración, y admite alguna *espera*, este tiempo de que se puede disponer no sólo sirvió para hallarlo, sino para mejorar, dedicando más tiempo, la calidad de un puro hallazgo casual. Se advierte así la enorme importancia que tiene la *espera, el disponer de tiempo*, para la satisfacción de las necesidades. Tan enorme es esa importancia que si, como hemos visto, la gran bifurcación cósmica entre lo vegetal y lo animal tuvo algo del orden econó-

mico, tuvo aún más, gracias a aquella espera, la otra bifurcación entre lo animal y lo humano.

La esencia del hombre consiste en que es un ser creado a imagen y semejanza de su propio creador, es decir, dotado él también del divino don de crear. Por eso cuando comprendió la importancia de la espera, del disponer de tiempo, para librarse de la presión de las necesidades, cuando necesitó tiempo disponible lo creó. Lo creó economizando, acumulando bienes de consumo que le permitieron la larga espera por los resultados lejanos de su trabajo. Pudo entonces aplicarse a producir cosas, no para su consumo inmediato, sino que sólo sirven para producir otras cosas que pueden ya ser consumidas o no serlo aún tampoco y prolongar más todavía la espera por el producto definitivo. El hombre acumuló capital disponible, tiempo disponible, y lo incorporó en aquellos objetos intermedios, con lo cual hoy, en una máquina, el trabajo real de un día sigue trabajando virtualmente, pero eficazmente, durante varios años, el tiempo disponible previamente acumulado. Y por esta multiplicación de su esfuerzo pudo enfrentarse el hombre con las fuerzas ciegas de la Naturaleza para encauzarlas y ponerlas a su servicio. El hombre cumplió su destino cósmico de elevarse sobre todo lo creado, porque si la razón le dió el saber, el capital le dió el poder.

La vida del "homo oeconomicus" aparece, así, engranada en el ordenamiento del mundo como una lucha permanente para remediar la limitación, la rareza natural de las cosas que precisa, utilizando la multiplicación de sus esfuerzos con los instrumentos y las máquinas; lucha en que se enfrentan dos principios: uno impuesto por la Naturaleza, por la limitación de las cosas: la ley del rendimiento decreciente; otro impuesto por el hombre, por la productibilidad del capital: la ley del rendimiento creciente. Ahora podemos comprender la cuestión propuesta antes sobre la existencia de una razón profunda del hecho de que la escala de los valores económicos esté invertida con respecto a la de los valores vitales. El aire es más abundante que el agua, el agua más que el trigo, el trigo más que el oro; pero el aire satisface una necesidad con apremio máximo, el oro satisface algo que no es ni necesidad vital siquiera.

Quando propusimos esta cuestión indicamos que fué nuestra propia constitución orgánica quien impuso el que el aire fuese un bien libre por su abundancia y el que las demás cosas pudiesen ser más escasas a medida que satisfacen necesidades menos apremiantes; o sea que nuestro organismo hubo de ser formado de tal modo que el apremio de sus exigencias materiales se graduase por la abundancia de los medios que precisa. Por eso, a medida que las cosas son más raras están a mayor distancia vital de nosotros. Pero precisamente por su escasez actúa en ellas con más fuerza la ley natural del rendimiento decreciente y su adquisición resulta más costosa. La inversión de valores advertida no se ha formado, por lo tanto, en el desarrollo social, en la Historia, sino que, debido a su articulación con el ordenamiento propio del mundo, los valores económicos crecen en el mismo sentido de la rareza, y los valores vitales en sentido opuesto.

He aquí otra cuestión de mayor interés quizás que la anterior, por referirse a algo más concreto, y que nos hace pensar también en un más allá de la Economía, donde las leyes de ésta se enraizan acaso en condiciones y principios cósmicos. Ciertamente, el hombre puede, con trabajo y capital, remediar en parte la rareza de los medios que necesita; pero siempre tropezará con la escasez natural de ciertos elementos, con el hecho irremediable de la composición cósmica del mundo establecida por el Creador. Ignoramos si algún físico o químico se ha planteado el problema de por qué unas substancias abundan en el mundo más que otras; pero basta observar con atención una lista de los cuerpos simples, ordenados por el número atómico, para convencerse de que al principio están los que son, al parecer, menos raros. Si consideramos estas cuatro substancias tan abundantes: aire, agua, sal común, carbón, observaremos que los elementos componentes, hidrógeno, carbono, nitrógeno, oxígeno, sodio y cloro, ocupan los lugares 1, 6, 7, 8, 11 y 17. El metal plata está ya en la mitad justa de la serie, número 47; el oro ocupa el lugar 79, el radio el 88 en el grupo final, grupo al que se ha dado la denominación, inquietante para el curso de esta idea, de *metales raros*. Pero si el número atómico puede aludir a la rareza natural de

un cuerpo, tiene relación indudable con las propiedades del mismo, es decir, con aquello en que consiste su utilidad, y como la rareza es el fundamento de la oferta y la utilidad el de la demanda, podría haber una vaga relación (¿por qué no una ley?) entre el número atómico y el complejo utilidad-rareza, base del valor. Es claro que de existir esa relación podría aparecer, en algunos casos, perturbada por el hecho de que entre la abundancia real y la natural se pueden producir desviaciones por el hallazgo siempre casual de yacimientos, por la acumulación histórica de "stocks", por el descubrimiento, casual también, de aplicaciones técnicas, etc.; pero si comparamos precios de elementos distantes para eliminar en lo posible estas influencias del azar, se manifiesta la vaga relación aludida. Por ejemplo: el cobre, la plata, el oro y el radio tienen los números 30, 47, 79 y 88, y si pensamos en una dependencia hipergeométrica, o sea que el precio aumenta con mucha más rapidez que el número de orden, como supuesta medida de la rareza, veremos que los precios oro de esos metales acusan de un modo notable cierta dependencia de la naturaleza indicada. Si con esto hubiésemos captado la ley del precio de los cuerpos simples, la aplicaríamos a los demás, pues a todo compuesto llevarían aquéllos su utilidad y su rareza, es decir, su valor. Pasaríamos así de los precios simples a los precios compuestos, según ciertos principios y leyes que formarían algo así como una Química económica, etc.

Alguien dirá que todo esto son puras fantasías. Lo son seguramente. Es un hecho cierto, sin embargo, que la ciencia económica ha eliminado la idea de causalidad de la teoría del valor sustituyéndola por la de funcionalidad, y esta sustitución está plenamente justificada. Pero como la causalidad es algo metafísicamente necesario al mundo real, esas causas que hemos desterrado de la Teoría económica tendremos que inquirirlas en otra parte. En todo caso, el espíritu se siente seducido por la idea de que hay en la Economía cuestiones cuya solución trasciende de sus confines y nos hacen vislumbrar un más allá de aquella ciencia; nos hace pensar en una especie de Metafísica u Ontología "catalática", en una ciencia de los últimos fundamentos de la realidad económica. Las ideas que:

hemos expuesto antes no representan más que un intento de exploración en esa zona, tan ignorada como sugestiva, para fundar la posibilidad de que la existencia de bienes libres, la naturaleza y graduación de las necesidades, la acumulación de capital, los precios y acaso otros muchos hechos económicos, sean fenómenos encuadrados por ciertas condiciones cósmicas. Nuestra vaga visión de ese campo virgen del saber quizá sea un puro juego de imaginación, pero la existencia misma de tal campo parece indudable.

La Economía está tan abrumada por las exigencias de la vida social, que aunque ese campo de investigación existiese se le consideraría como una pura especulación sin mayor interés. No estará de más advertir que únicamente las teorías bien asentadas proporcionan prácticas seguras, aunque también en esto tiene nuestra ciencia, como veremos en la sección siguiente, su sino especial. Esto por una parte, porque por otra, si la Economía sólo se justifica como arte por el acierto con que satisfaga los fines materiales del «vivir», sólo se justificará como ciencia en la medida que satisfaga nuestro anhelo espiritual de saber. Todo problema económico, como todo problema científico, es, en efecto, irremediabilmente empujado por nuestro espíritu en una cadena de «porqués» hasta los primeros y más elevados principios. La Economía ha desdeñado más que otras disciplinas esas conexiones lejanas, hecho sorprendente si se considera que el llamado padre de esta ciencia, Adam Smith, fué filósofo antes que economista, como lo fueron asimismo sus maestros y precursores inmediatos. Se debe esto, sin duda, a la tradición empirista de la filosofía inglesa, que llevó a aquellos pensadores a dar un contenido a la ciencia económica sacado, no del comercio de las ideas, sino del comercio de los comerciantes.

III

Quien afirma no creer en la ciencia económica quiere decir, en realidad, no que desconfía de las proposiciones teóricas, sino de las aplicaciones prácticas. ¿Hay un arte economi-

co? Toda regla práctica es la expresión concreta de una ley teórica. Cuando una regla se cumple con mucha justeza es que la ley de donde proviene está bien fundada. Pero la recíproca no es cierta. Una ley puede ser muy rigurosa y exacta y dar lugar a una regla que se cumple con gran laxitud. Hay aquí un problema cuya importancia sobrepasa mucho el escaso interés que ha despertado en la literatura científica general o la especialmente económica; por lo menos en la que ha entrado en el círculo, de radio modesto, que limita nuestro saber.

La cuestión que hay aquí en el fondo es esta: ¿hasta qué punto se ajusta la realidad a los preceptos de una teoría correcta?

No es cierto que haya un criterio absoluto para la verdad, que todo lo que no es verdadero es falso. Si fuese así sobraría en la Matemática la Teoría de los errores y de los números aproximados. La realidad cuantitativa no comprueba jamás verdades absolutas, sino aproximadas.

¿De qué depende el que una afirmación teórica se aproxime más o menos a la realidad? Si vemos desde una distancia conveniente un polígono regular de muchos lados, no vemos un polígono, sino un círculo. Esto es un hecho general: la distancia depura las cosas, las acerca a las formas puras a que aspiran. La línea recta material más perfecta, el corte de una cuchilla de acero, vista al microscopio es una sierra. Percibimos todas las cosas con un distinto grado de abstracción según la distancia a que nos situemos de ellas. Resulta así que para nosotros, la realidad concreta es un conjunto de cosas más o menos abstractas. Aquí está el error fundamental de quienes desprecian toda teoría por ser abstracta, sin pensar que la realidad en que vivimos, tal como se ofrece a nuestros ojos, también lo es.

La verdadera cuestión es esta: en la misma medida en que el grado de abstracción de una teoría se aproxime al grado de abstracción de la realidad percibida se cumplirán en ésta los preceptos de aquélla. Fijémonos en este ejemplo notable: la ciencia física que se ajusta con más precisión a la realidad es aquella de los objetos más lejanos a nosotros, la Astrono-

mía; y es que esa misma lejanía depura los objetos hasta el grado de abstracción de la teoría pura. Pero la misma razón que explica los éxitos de la Astronomía explica los fracasos de la Meteorología. Y, sin embargo, ambas aplican los mismos principios, las mismas verdades fundamentales, a saber: los conceptos y leyes de la Mecánica y de la Física. Pero la atmósfera está tan cerca de nosotros que no la vivimos o percibimos en el grado de abstracción que corresponde a los conceptos que se le aplican. Y esta misma es la situación de la Teoría económica. El hombre tiene ese destino fatal de no poder nunca prever con exactitud aquello que vitalmente le interesa, porque las cosas entre las cuales se desenvuelve su vida están demasiado próximas para ser teóricamente dominadas. Así se explica la paradoja extraña de que podamos predecir lo que ocurrirá en el cielo con antelación de siglos y no podamos saber con la misma certeza lo que ocurrirá aquí en la tierra mañana.

La ciencia de los astros es más perfecta que la de los meteoros porque el hombre está *lejos* de las estrellas, pero está *dentro* de la tempestad. Porque el cielo lejano se expresa en la pura geometría de las constelaciones, la ciencia astronómica sirve de fundamento a un arte, el Arte de navegar, con reglas exactas e infalibles que fijan la ruta al navegante con seguridad geométrica entre los infinitos caminos del mar, mientras que en ese mismo mar, cuando no es ya puro espacio, sino algo que está en contacto con la nave; cuando ya no refleja el esquemático cielo de los astros, sino el de los vientos y las tempestades, cuyos caprichos sigue, el hombre se encuentra ante una realidad viva y profunda, de una multiforme complejidad, que la Mecánica ni la Física ni ningún esquema racional puede captar en su profundidad religiosa.

Podría intentarse una clasificación de las ciencias de la Naturaleza, un ordenamiento fundado en el grado de abstracción de las teorías con respecto al grado de abstracción en que se percibe, se vive, la realidad que pretenden explicar. Desde este punto de vista tendríamos dos tipos de conocimientos: el tipo "astronómico" y el tipo "meteorológico". Esta distinción no tiene gran importancia para el valor de una teoría,

pero es algo esencial para la práctica. Cuando el grado de abstracción de una ciencia es proporcionado al de la realidad a que se aplica, nace de ella un arte perfecto, como de la Geometría la Agrimensura y de la Astronomía el Arte de navegar. De aquí la importancia de aquel ordenamiento de las ciencias, pues sería la escala para medir la perfección de las artes.

Podemos darnos cuenta de los principales matices de esa escala. Toda realidad práctica se aproxima más o menos al esquema teórico que pretendemos ajustarle. La plomada del mampostero no da, ciertamente, al muro una verticalidad geoméricamente rigurosa, pero la pequeña desviación de la misma no afecta nada a la seguridad, finalidad o utilidad de aquél; puede ser perceptible como valor métrico, pero no se hace sensible como valor utilitario. El contenido de una regla práctica consiste en la aplicación de una tendencia que representa el esquema teórico a que la realidad puede ajustarse con más o menos aproximación, según sea la "distancia abstracta" que entre ambos existe. A los dos tipos de ciencia indicados antes corresponden dos tipos de arte. Artes cuyas reglas, cuyas tendencias, tienen un margen de desviación sólo perceptible en la escala métrica, y artes cuyas desviaciones de sus reglas se hacen sensibles en la escala utilitaria del beneficio-daño. Aun en esta escala se pueden advertir matices que tienen gran importancia para el desarrollo de nuestra idea y a los cuales han debido ajustarse determinadas técnicas. Quien manda medir la extensión de un monte con objeto de venderlo apenas entra en su estimación un error de pocos metros; para quien dosifica un tóxico en una balanza de precisión, un pequeño desplazamiento del "reiter" tiene una importancia capital; en el primer caso, entre el beneficio y el daño hay una distancia de metros; en el segundo puede decirse, con sentido absolutamente recto, limpio de metáfora, que la vida está a un milímetro de la muerte.

El progreso de una ciencia consiste, entre otras cosas, en ir enriqueciendo sus conceptos para aproximarlos a la realidad a que han de aplicarse, proporcionando así al arte que en aquella ciencia se funda una mayor precisión. Siempre será difícil, sin embargo, perfeccionar aquellas artes fundadas en

ciencias que les ha cabido en suerte estudiar una realidad tan próxima al sujeto que apenas puede ser objeto, una realidad que nunca podemos contemplar desde fuera por hallarnos siempre dentro, una realidad que no puede captar nuestra razón porque ella capta nuestra vida.

Por eso la Economía no puede hoy, y acaso no pueda nunca, proporcionarnos previsiones "astronómicas", sino simples conjeturas "meteorológicas". Pero sería injusto reprocharla por ello, pues nadie es responsable de su propio destino, y el de ella es enfrentarse con una realidad tan empapada de nuestra vida, que las desviaciones de sus tendencias, los errores de sus reglas, son tan sensibles en la escala vital que de ellos depende muchas veces la prosperidad o la ruina. Ante las leyes de la Economía se está en la misma actitud del navegante que se encara con la rosa de los vientos, no para fijar su ruta "astronómica", sino para esquivar la tempestad que presiente y que no sabe si vendrá por el norte o por el sur, porque entonces no le guía ya la exacta geometría de los astros, sino el azar del viento y del mar, y justamente entonces la rosa de los vientos no es más que una ruleta donde se ha jugado la vida.

VALENTÍN ANDRÉS ALVAREZ.

UN TEXTO DE FRANCISCO DE VITORIA SOBRE LA POTESTAD POLITICA

Con el propósito de desenvolver extensamente en un trabajo los problemas centrales que plantea la *Relectio de Potestate Civili* de fray Francisco de Vitoria, vamos a comentar brevemente algunos textos referentes a la regia potestad, su fundamento y origen y, en especial, el contenido en el magnífico párrafo octavo de dicha relección, cuyo valor estimamos inapreciable. No es lícito lo que en los años anteriores a la guerra se ha hecho frecuentemente con Vitoria, como con otros de nuestros grandes clásicos: utilizar sus textos para demostrar que han profesado unas doctrinas netamente democráticas acer-